

Secularización y... ¿declinación religiosa?

La secularización, tal como es estudiada por la historiadora Sol Serrano, no es un proceso automático e inevitable que sucede en la medida en que el Chile del siglo XIX se vuelve “moderno” y el liberalismo triunfa.

Es un facilismo pretender fijar las fronteras entre lo sagrado y lo profano, cuando se está hablando de un Dios que asume *todo* para perfeccionarlo como algo suyo.



Anónimo, Escuela Cuzqueña

Carlos Ignacio Casale Rolle

Facultad de Teología,
Pontificia Universidad Católica de Chile

Luego de ocho años, la historiadora Sol Serrano vuelve a publicar un nuevo libro. El último que habíamos leído, *Virgenes viajeras*, nos reveló, a través de diarios de religiosas francesas, cómo el pasado chileno guarda valiosas y sugerentes visiones de mundo producto de un cristianismo ilustrado que venía de Francia, del cual se desprenden actitudes o conductas que hoy consideraríamos “modernas”: respeto a la alteridad, valor de lo femenino, prácticas religiosas al servicio de la construcción de la persona, conciencia social, etc.

La publicación a la que aludimos tiene como título *¿Qué hacer con Dios en la República?*¹. Es fruto de una larga y cuidada investigación, y ya ha dado que hablar entre expertos e interesados en el tema.

Si un libro se pudiera juzgar desde las preguntas que suscita y por su capacidad para cuestionar categorías de investigación, este se debe considerar un texto muy logrado.

Así, con respecto a lo primero, este texto provoca —desde una búsqueda guiada por archivos nacionales y extranjeros, fuentes primarias y debates en la prensa y el Congreso durante el siglo XIX—, las siguientes interrogantes: ¿es posible historizar la “secularización”?; ¿es posible analizar la secularización desde una matriz que no esté obligada a decidirse por la óptica liberal o por la posición conservadora, por la laicista o la ultramontana?; ¿es posible estudiar la secularización como un *proceso* y no como un *progreso*?; ¿es posible interpretar la secularización a partir de la religión, y

¿Cómo ofrecer un contenido, un sentido a la búsqueda de libertad del hombre de hoy, desde el discurso eclesial?

sus prácticas e instituciones como *cambio* y no como destrucción? Con respecto a lo segundo, la necesidad de cuestionar categorías, este libro tiene como uno de sus más importantes objetivos —y logros— poner en cuestión categorías, conceptos y metodologías de trabajo, como asimismo reflexionar en torno a las maneras y modos en que se han examinado temas históricos.

En sintonía historiográfica y filosófica, con nuevos instrumentos teóricos y metodológicos que superan —en una nueva síntesis— la óptica del viejo positivismo que marcó los textos de una parte importante de los historiadores de nuestro siglo XIX, Sol Serrano se ha concentrado en un período significativo de esta centuria, rastreando, buscando, desentrañando a veces, con el fin de ofrecer una mirada renovada, sobre todo del contexto político y social.

¿*Qué hacer con Dios en la República?* se centra en circunstancias y episodios decisivos de la relación cívico-religiosa (que la autora, sugerentemente, ha llamado “*Dios en la República* y no religión o Iglesia en la república; el lector deberá desentrañar el porqué de esta opción, arriesgada pero con todos los méritos de quien asume riesgos) entre 1845-1885 y estudia en archivos y en terreno (Chile central) las cofradías, la Iglesia en el campo, en la ciudad, la inserción del catolicismo “civil”, la muerte y los conflictos de cementerios, entre otros temas.

En lo que sigue, más que reseñar el libro al estilo clásico, preferiría dejarme cuestionar por varias de sus hipótesis, pues es interesante y vale la pena leerlo por, además de su rico contenido, por la *forma* de presentar los hechos históricos y por el modo cómo se enfrenta a un espinudo tema: la secularización o emancipación moderna producto de la Ilustración europea y su “traducción” y encuentro con el catolicismo en nuestro

Continente y, en particular, el Chile del siglo XIX.

Uno de los méritos de la autora es presentar, desde episodios históricos puntuales —por ejemplo, el que hace de verdadera “obertura” del libro, como lo es el incendio del templo de la Compañía— un modelo de cómo un evento revela rasgos insospechados de la cultura y la historia.

SECULARIZACIÓN COMO “PROCESO”

Lo primero que nos llama la atención es que Sol Serrano hable de la secularización en Latinoamérica como “proceso” y no como “progreso”. Afirmación que está al inicio del libro y que, cual *hilo de Ariadna*, lo atraviesa entero.

Se puede rastrear en esta hipótesis una sentencia de la mexicana Elisa Cárdenas (cf. páginas 13-17) que advierte de los riesgos de interpretar la secularización desde la óptica del mismo conflicto que ella crea: un relato *teleológico* desde un punto *alfa*, desde donde la “libertad” (palabra clave de la secularización, junto con “autonomía”) evoluciona hacia un punto *omega* en forma de secuencia como fuerza de la historia en contra de todo lo que suena a superstición —o superestructura religiosa—, que *aliene* al hombre de su madurez autónoma, la que Kant define como la *capacidad de pensar por uno mismo* (y que se puede ver también en la necesidad de pensar los códigos de justicia *Etsi Deus non daretur*, como dice el filósofo del derecho Hugo Grotius). Desde el positivismo al que ya hemos aludido, esa secuencia —contexto en el cual nació la sociología— podría haber tenido significado a mediados del siglo XIX pero, según Serrano, no está en condiciones de seguir modulando el acercamiento sobre el asunto. Y así, una de las hipótesis más queridas de la autora chilena es que se debe volver a estudiar



desde sus actores el siglo XIX y el proceso de secularización que ahí late.

ESTUDIAR LA HISTORIA DESDE SUS ACTORES

Aquí se puede reconocer en Sol Serrano la influencia de Francois Xavier Guerra (cf. páginas 11-19), cuya renovación para los estudios de la historia consiste en que ella deja de ser estrictamente institucional o de ideas y pasa a ser social y cultural, con lo cual las ideas están más ligadas a las prácticas. También en la historiadora chilena se percibe el influjo de Philippe Aries (cf. páginas 222-225) —a quien conocíamos por su libro sobre la historia de la muerte en Occidente— quien es el

¹ Serrano, Sol: *¿Qué hacer con Dios en la República?* Fondo de Cultura Económica, Santiago, 2008, 375 páginas.



gran inventor del concepto de “historia de la vida privada”. Este permite extraer desde ella mucha riqueza, constituyendo un verdadero filón para el historiador pues supone la recuperación del sujeto, antes ahogado en la mirada propia del método estructuralista.

PROCESOS QUE NO SE DEBEN HOMOLOGAR

Ahora bien, una vez que nos hemos referido a estos temas y posiciones básicas de la autora, interroguémonos por otras hipótesis de su libro.

En él se postula que en nuestro Continente en general, y en nuestro país en particular, el proceso de secularización latinoamericana —el cual se entiende desde las tesis básicas de la Ilustración europea,

sobre todo francesa y alemana— y que poco matizadamente se puede describir como un movimiento de diferenciación y autonomía de los ámbitos así llamados seculares (o, en lenguaje filosófico, *finitos, inmanentes*) de los contextos religiosos (llamados *ámbitos con base trascendente e infinita*), no tuvo como consecuencia una disminución o, como en algunas regiones como la holandesa, casi la desaparición de la fe religiosa.

En este punto es muy sugerente el contrapunto que establece Sol Serrano con algunos sociólogos de los años sesenta.

Según ella, las teorías de la secularización deben mantenerse en el plano hipotético y deben ser *verificadas*: ¿son válidas ellas para cualquier sociedad que experimenta la modernización? Los sociólogos de los sesenta con que ella discute partían de la “tesis” de una suerte

de “homologación” de los procesos europeos en América Latina: si tuvo lugar *allá... aquí* debía ser similar. Este modo de pensar, según la historiadora, contiene muchas *precomprensiones*, respetables por cierto. Pero ellas no se explicitan y en el caso de esta óptica sociológica tienen que ver no solo con la propia ciencia sino con un tema de postura de filosofía fundamental donde la religión, lo trascendente, lo infinito, evocaban *necesariamente* una sociedad tradicional y, por tanto, subdesarrollo, que en lenguaje kantiano se podría decir: sociedades que no están en condiciones de promover que sus individuos estén dispuestos a pensar por ellos mismos, a ser autónomos, y correr así los riesgos del hombre ilustrado, de construir un mundo verdadero y mejor bajo los dictados de la pura razón, de la conciencia de finitud radical. Sin embar-



Anónimo, Escuela Cuzqueña

go, desde las posiciones metodológicas que ha elegido Sol Serrano, la textura y texto de la realidad se revelan mucho más complejos, con una “granulación” mucho más rica. La historiadora se siente parte de aquella línea de las ciencias históricas que en los últimos lustros ha revisado la tesis de que la secularización es indefectiblemente un proceso de declinación religiosa, lo cual encuentra también eco en sociólogos con los que ella dialoga.

Las razones para no aplicar a la historia en América Latina sin más la “plantilla” de cómo se lleva a cabo en el viejo Continente el proceso de secularización, se debe a varias razones. Entre otras: se cristianiza en el período posterior a la Reforma, hay guerras de conquista étnicas, pero no propiamente religiosas² y porque el catolicismo no se ha identificado con un solo sistema político, con lo que las consecuencias han sido distintas a las europeas. Aquí no tuvieron lugar las sangrientas guerras de religión, como en Europa, con todas sus efectos físicos, territoriales e ideológicos que llevaron no solo a dudar de la institución religiosa, sino en un largo período —que va desde Gotthold Ephraim Lessing a Ludwig Feuerbach— a poner en cuestión la esencia misma de Dios y, con ello, su existencia como un ser trascendente e infinito.

Ahora bien, pasando ya al tema de la

relación entre secularización y religión como se da propiamente en Chile, son muy interesantes algunos aspectos que toca Sol Serrano.

RELIGIÓN Y SECULARIZACIÓN EN EL CHILE DEL 900

Lo primero es la constatación de que no hubo grandes quiebres en las relaciones entre Iglesia y Estado como en otros países del Continente, por ejemplo, México y Colombia. En contraste con México y la mayoría de los países europeos del siglo XIX, los católicos chilenos son decididamente republicanos, aunque ciertos cambios tensionaron esa convivencia entre lo republicano y lo católico hasta el punto cercano al quiebre. Aun así, el catolicismo criollo nunca llegó a adoptar las actitudes rupturistas o integristas de su contraparte europea. En esto fue decisiva la naturaleza misma del liberalismo chileno. Aunque los primeros Gobiernos son en el fondo muy *regalistas*, a partir de José Joaquín Pérez comenzó a importarse menos el control de la Iglesia que la separación de ella, lo que no excluye intentar apropiarse de sus ámbitos tradicionales. Esto genera un *espacio* y un *tiempo* para que el catolicismo

desarrolle sus propios caminos y opere en lo civil a un nivel que explica la gran fortaleza —todavía— de los partidos de raigambre católica.

Entre las razones que entrega la autora es que ello se produjo con toda probabilidad por las condiciones estructurales de la relación entre política y sistema social: la pobreza de la Iglesia chilena. La expulsión de los jesuitas dejó a esta bastante desarticulada. Otras razones son de orden ideológico. El conflicto en ese ámbito se da en un *humus* socio-cultural indispensable para realizar cualquier hermenéutica. Así, los liberales chilenos, incluyendo los radicales, eran *anticlericales* más que *antirreligiosos*, asunto que en el secularismo europeo era difícil pensar separadamente. Deseaban que la religión fuera una cuestión de la conciencia y de la esfera privada. Sin embargo, Serrano constata que en la realidad diaria, en la cotidianidad, esa separación no era todavía experimentada sino que era solo una idea y por ello debía ser una negociación política en la esfera pública. La violencia en este tema no afectaba solo a los hombres capaces de armas, sino también a las familias en un amplio sentido. Sin embargo, fue un conflicto del que se puede decir que no produjo muertos, si se lo compara con otros conflictos entre la Independencia

² En una reseña como esta no tenemos tiempo para entrar en matices, pero creo que desde Bartolomé de las Casas esta característica solo “étnica” y no religiosa de la conquista debería ser cuestionada, en parte, por Sol Serrano.

Términos muy caros a la modernidad como persona, libertad, autonomía o reconocimiento de lo diferente, no solo no son antagónicos al Evangelio y a la historia de la Iglesia y de sus prácticas, sino que merecen un reconocimiento positivo.

y el golpe de 1973. ¿Hay allí una inspiración para pensar en problemas de nuestro presente?

En el libro de Sol Serrano late la inquietud de si hubiese sido posible en el Chile independiente promover una República Católica (cf. páginas 49 y siguientes). Alguna oportunidad tuvo, según se insinúa en la lectura, en una fase decisiva que fue el paso de la legitimidad monárquica a la ciudadana. La República Católica, un ensayo sobre todo latinoamericano, fue exitoso en hacer una transición menos violenta. Allí está la raíz, como se desprende de las reflexiones de la autora, de la vocación democrática que ha tenido en general la Iglesia de este Continente. Un episodio puede ser paradigmático de esta idea: durante el Concilio Vaticano I, el obispo chileno Hipólito Salas intervino y se mostró contrario a la identificación del catolicismo con la monarquía, por lo que después fue mirado de forma curiosa y con desdén por el clero europeo, como una “particularidad latina” (cf. páginas 196 ss).

EL “REGALISMO”

Un aspecto muy interesante en el libro es el tema del control estatal de materias eclesíásticas, el así llamado “regalismo”. Este fue fuerte, en un principio, también en la jerarquía eclesíástica y no solo en el Gobierno republicano liberal. Surge la in-

terrogante de por qué aquí no evolucionó el ensayo de una iglesia nacional y, por el contrario, el ultramontanismo tuvo éxito en imponerse como política eclesial frente al Gobierno y el Estado. Para responder a este tema obviamente habría que preguntarse cómo se forman la centralización romana y su disciplina. Así, es probable que este carácter del regalismo chileno tenga que ver no solo con el catolicismo, sino con el liberalismo. Este último en Chile es fuertemente regalista, pero es un liberalismo que defiende los derechos individuales y, por lo tanto, el pluralismo. Las leyes laicas son una defensa del pluralismo religioso, lo que condujo a un arduo debate al interior de esta corriente política: si el catolicismo sería parte de ese pluralismo o sería controlado por el Estado, lo que Serrano ilustra sagazmente con el tema de los “cementeros” (cf. sobre todo el importante capítulo VI). Finalmente, ganó el pluralismo sobre el control.

La Iglesia fue la fuerza más significativa en la sociedad civil del siglo antepasado, lo cual en el libro se destaca desde una perspectiva teórica y metodológica. Así, si se observan solo la doctrina y la ideología, el catolicismo se opone a la afirmación del espacio público como se formula tópicamente, lo que conlleva un catolicismo de corte reaccionario.

Pero, en su libro, Sol Serrano pretende ir más allá de los tópicos, pues pasa de la historia de las ideas a la historia política, observando que evolucionan prácticas modernas y que en el libro están muy bien atestiguadas: asociaciones, prensa, partidos, movilización social, una reivindicación *in nuce* de los temas de la mujer, etc.

IGLESIA OFICIAL E IGLESIA DEL PUEBLO

Y, si de esta historia de las prácticas políticas se pasa a las prácticas religiosas, llegamos a la demografía. De este modo, solo un quinto de la población de la diócesis de Santiago (muchísimo más amplia en ese siglo que hoy) tiene acceso regular a los sacramentos. El otro 80% no llega a la Iglesia institucional sino con

dificultad (las dificultades topográficas son muy bien presentadas). Y aquí aparece un “marcador” metodológico clave de la investigación de la historiadora: esa sociedad pobre y muy desperdigada del Chile central consigue alcanzar casi totalmente el sacramento de la extrema unción, el “morir penitenciado” (la autora realiza aquí una notable investigación de campo). Eso implica un gran esfuerzo por encontrar a ministros en ese momento.

Este dato “nuevo”, verdadero descubrimiento al parecer, junto con lo dicho en el párrafo anterior, nos remite a un cuadro obviado en muchas de las historias sociales de Chile. Así, desde nuestra lectura del texto nos preguntamos: ¿es posible escribir una historia social de Chile en el siglo XIX, y en general en sus doscientos últimos años, sin tomar en cuenta —con independencia de si el investigador es o no creyente— el rol de la religión? ¿Es posible hacerlo solo con una óptica de opresores—oprimidos, donde la Iglesia oficial se contrapone a la Iglesia del pueblo como un poder político más? Creo que el libro que reseñamos nos pone a buen recaudo de esos dos desvíos ideológicos que tiñen un acercamiento sereno a la historia de Chile.

EL CATOLICISMO EN LA COMPETENCIA POLÍTICA

Antes de pasar a algunas conclusiones prospectivas, a modo de síntesis del libro cabe decir que la secularización, tal como es estudiada por Serrano, no es un proceso automático e inevitable que sucede en la medida en que el Chile del XIX se vuelve “moderno” y el liberalismo triunfa. La secularización, sus valores e ideales avanzan a través de una vía en que tanto la Iglesia como el Estado redefinen y resignifican sus ámbitos de interacción y en donde el catolicismo entra directamente a la competencia política en el ámbito público. Simultáneamente, profundiza sus raíces en la sociedad civil, ampliando, organizando y racionalizando sus relaciones con la población nacional, la que no deja sus creencias y prácticas religiosas, su *Weltanschauung* católica,

¿Cómo argumentar hoy en día, cómo profetizar a través de la práctica, el discurso y el testimonio, que la Iglesia y lo que ella promueve, sus sacramentos, el modo como se construye a través de la *communio* y la solidaridad, pueden ser una forma de ofrecer a los valores de la secularización una hondura más compleja y trascendente de realizarse?

sino que las adapta a las nuevas realidades de la república. Así, la religiosidad chilena se analiza en este libro desde un horizonte que incluye lo institucional, pero que también va más allá de él. Todos los hitos cruciales de la relación cívico religiosa se encuentran aquí: la famosa —y sabrosa!— “cuestión del sacristán”, que está en la base de la creación de los partidos políticos, de los debates en torno a la interpretación del artículo 5° de la Constitución, de la sucesión del arzobispo Rafael Valentín Valdivieso y de la impresionante disputa para nombrar a su sucesor, como también de muchos episodios menos conocidos, entre los que destacan las manifestaciones de la religiosidad católica en el contexto rural.

UNA MIRADA DESDE EL PRESENTE

Aquí solo insinuaremos algunas reflexiones teológicas a partir del libro que estamos presentando.

A juicio de Sol Serrano, la secularización en Chile en el siglo XIX hay que interpretarla dentro de un fenómeno más macro-estructural: el paso desde una sociedad en que la solidaridad de los peregrinos y los muertos consiste en que cada uno salve su “alma” y que ese tránsito tan incierto por el purgatorio sea lo más

breve posible, a una sociedad donde esos vínculos se concentran en la inserción en esta vida para incorporarse a la sociedad. Este último hecho, creemos, puede ser llamado con toda justicia “religioso” (no menos que el otro, en todo caso). De esta manera, no es lo mismo ser miembro de una cofradía con indulgencias que formar una escuela técnica para pobres; pero, si nos remitimos a la pregunta bíblica fundamental “¿Dónde está Dios?”, se puede responder que está como una presencia misteriosa en ambas, aunque de modo diverso, siempre y cuando el *otro*, el prójimo, que destruye toda idolatría, se me revele *desde* Dios como valor infinito y absoluto que convoca mi conciencia y que *desde* él, como “sacramento” de Dios, sea capaz de acceder al *Otro*.

Desde la teología valoramos el intento de Sol Serrano, pues aunque ella se *abstenga* de un horizonte teológico, como lo expresa en su libro, es imposible no pensar en algunas consecuencias de sus hipótesis en ese ámbito. Es decir, es excesivamente positivista pensar que lo religioso actúa solo en una esfera (la espiritual-particular) y no en la llamada secular-pública, pues en este ámbito, en esa *topografía*, se revela el lugar, el *topos* del hermano que me convoca absolutamente, con lo que se podría afirmar que en ambos contextos se practica y camina a Dios, pero de forma diferente. Sobre la complementariedad de ambos ámbitos, san Alberto Hurtado ofrece bellas páginas donde se acentúa el amor al prójimo como forma de reconocer en todo ámbito, y sobre todo en el hermano, la llamada de Dios. Es un facilismo pretender fijar las fronteras entre lo sagrado y lo profano, cuando se está hablando de un Dios que asume *todo* para perfeccionarlo como algo suyo. Más bien habría que hablar de una contraposición entre lo sagrado y lo “idolátrico”, pues la justa autonomía es querida por Dios, como se afirma en el último concilio. Es una autonomía que ni idolatra nada finito (esclavizándose así, finalmente, ella misma) ni condena al hombre a no poder recibir, como Don, una profecía de Él que plenifique y perfeccione todo lo humano. El verdadero Dios se me revela como la incapacidad de

reducir todo al presente y a la satisfacción instantánea. Del reino de las necesidades (que nos esclavizan) al reino de los deseos (que nos abre a lo indisponible que nos libera).

Siguiendo con nuestra breve valoración teológica, queremos añadir lo siguiente: a partir del último concilio, la Iglesia asume de forma diferente y positiva la secularización y sus valores, como fruto de la Ilustración. Aprecia la búsqueda de autonomía y de libertad de toda instancia que no permita una auténtico ejercicio de estas, el empeño por una vida buena y lograda, el valor de lo real y particular, etc. Los impulsos dados por esta valoración permiten reconocer que en sus inicios la Ilustración y la secularización hicieron una sanadora crítica a un tipo de dios y a algunas prácticas eclesiales que —lejos de perfeccionar las búsquedas auténticas del hombre, su valores, sus deseos— le oponían, no pocas veces, arbitrariedad y una falta de valoración de lo finito, lo diario.

Además, como dice el concilio, muchas actitudes cristianas y el modo de presentar a Dios *velaron* su auténtico rostro y fueron causa, no pocas veces, del ateísmo y del *desplazamiento* de Dios de la cultura y la política. Una mala teología de la creación y una teología alejada de sus fuentes fueron en parte culpables de ese fenómeno emancipatorio antirreligioso. Pero aún hay más: muchos de los valores de la Ilustración y la emancipación tienen raíces cristianas (como, por ejemplo, la libertad y la idea de persona). Ahora bien, no solo desde la teología, sino desde los confines de la secularización, como lo es la postmodernidad, el pensamiento débil, etc., se ha denunciado el optimismo desmesurado de los “meta-relatos” que acompañan la Ilustración, que no permiten muchas veces pensar una *unidad* que valore lo diferente en su carácter concreto y singular, con lo cual se hace muy difícil proponer una “vida buena” (Mario Zañartu, S.J.) y lograda. De esta manera: ¿Cómo argumentar hoy en día, cómo profetizar a través de la práctica, el discurso y el testimonio, que la Iglesia y lo que ella promueve, sus sacramentos, el modo como se construye a través de

la *communio* y la solidaridad, pueden ser una forma de ofrecer a los valores de la secularización una hondura más compleja y trascendente de realizarse? ¿Cómo ofrecer un contenido, un sentido a la búsqueda de libertad del hombre de hoy desde el discurso eclesial?

Como decía Carlos Peña en una columna de opinión: “El individualismo que los procesos de modernización han desatado expanden la autonomía, pero también amenazan con la desolación; el consumo abre oportunidades, pero también necesita del sentido para no convertirse en un automatismo sin fin; la vida familiar se ha diversificado, pero también se ha hecho más frágil; la secularización está en marcha, pero ella puede equivaler al nihilismo sin el aporte de culturas como la cristiana?” (*Reportajes de El Mercurio*, 2-12-2007)³. Este desafío hay que tomarlo en toda su seriedad pues el individualismo y los procesos de homogeneidad actuales típicos de la secularización, pueden ser *sanados*, para lo cual se debe desarrollar una especie de teología de los “signos de los tiempos” para la República: ¿no será un signo de los tiempos la discusión por lo “público” en Chile como, por ejemplo, se ha planteado en el tema de la educación? ¿Cuánto puede contribuir a ello la Iglesia?

Desde la teología, queremos agregar también el hecho de que en los últimos años, la Iglesia chilena ha dado testimonio, a través de su discurso y *praxis*, de una opción que de alguna manera “salva”, o “sana” si se quiere, la racionalidad secularizada de cerrarse en sí misma, como lo es postular el bien absoluto del ser humano y su carácter de hermano, como sacramento y símbolo del Absoluto divino. Presenta así una verdadera *unidad*, la que *acoge* todo lo diferente y, en el extremo, al marginado: defender a los que nadie defiende, ser la “voz de los sin voz”, etc. Así, dentro de nuestra rica herencia eclesial chilena de defender a los débiles, cabe señalar: durante la dictadura de Pinochet defendió los derechos humanos básicos, la vida y la dignidad; el padre Fernando Montes visitando al “Guatón Romo” en la cárcel; defendiendo el estatuto del embrión frente a cualquier intento de manipulación, al marginado (sobre todo al mapuche), al forastero y también al que ha hecho daño, todo ello signo de auténtica reconciliación, presupuesto básico para una verdadera convivencia republicana. Con ello se rompe cierta lógica de no reconocer nada absoluto y de relativizar todo, como uno de los males de una secularización mal estructurada. ¿No será este un gran aporte de la

Iglesia en la *república*? Es el de *profetizar* la verdadera unidad, que en el plano secular y autónomo de la política debería llamarse socialidad, comunión.

De esta manera, términos muy caros a la secularización y a la modernidad como persona, libertad, autonomía o reconocimiento de lo diferente, no solo no son antagónicos al Evangelio y a la historia de la Iglesia y de sus prácticas, sino que merecen un reconocimiento positivo y la Iglesia los ve como un ámbito de inserción de la fe.

Finalmente, y desde el nombre del libro, los aportes de la Iglesia hoy a la política (y a la *República*) son, sintéticamente, los siguientes: conformar, desde Jesucristo, una convivencia en fraternidad, confianza, esperanza; confianza en la razón por su empeño en una “buena vida”; la opción de Dios por el pobre y la invitación a que los valores del reconocimiento y la reconciliación aviven la comunidad; pensar los límites del liberalismo económico; ofrecer una discusión sobre la libertad como ámbito donde se puede evangelizar la autonomía. Y, finalmente, a partir del discurso del papa Benedicto XVI en “Aparecida” el año pasado, promover una reflexión sobre lo “real” y su posibilidad de pensarlo desde Dios en términos de Creación. **MSJ**

³ Remito al sugerente artículo de Eduardo Silva, S.J., *Aportes del cristianismo a la política*. Revista *Mensaje*, núm. 567, marzo-abril de 2008, páginas 33-36. Se trata, en el fondo, de una respuesta a los planteos de Carlos Peña.

Hotel Acacias de Vitacura



Salas de Conferencias

Luz Natural,
Jardines,
Asados Corporativos.

☎ 211 8601

www.hotelacacias.cl
reservas@hotelacacias.cl